

¡ÉXITO!

"EXISTEN HOMBRES INTELIGENTES QUE NO SON ÚTILES A LA SOCIEDAD, POR HABER NACIDO RICOS "

"MUCHOS HOMBRES LO ACHACAN TODO A SU MALA ESTRELLA, Y NO SON SINO VÍCTIMAS DE SUS PROPIOS DEFECTOS."

"ES UN BIEN PARA LA HUMANIDAD EL QUE DESAPAREZCAN DEL MUNDO LOS JUGADORES."

"LA SOCIEDAD EXIJE A LAS MUJERES JÓVENES Y POBRES, QUE PARA SER HONRADAS, SACRIFIQUEN SU SALUD HACIÉNDOSE ESCLAVAS DE LA AGUJA."

Estos párrafos pertenecen al tercer libro
de la
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS
de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

BAJO LAS GARRAS DEL ORO

PRECIO: UNA PESETA

¿LO TIENE USTED?

E. VERDAQUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 102

25 cts.



LA
PRINCESA
DEMIDOFF

por
Lya Mara
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 102

LA PRINCESA DEMIDOFF

POR LYA MARA

Producción: ZELNIK-MARA-FILM

Concesionario: - J. CASANOVAS PRATS

Aribau, 146 bis - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LEWIS STONE

I

La condesa Dolly Delancy, belleza en ocaso, pero llena aún de atractivos, daba una fiesta en su magnífica casa de campo, sita en los alrededores de Paris.

Era la Condesa una mujer que había buceado en el abismo de todos los vicios, y sus ma-

nos eran para el dinero lo que el cauce en pendiente para las aguas de un río.

El príncipe ruso Sergio Demidoff, hombre de espíritu análogo al de la Condesa, con la que le unía gran intimidad, contaba aquella noche entre los invitados. Su fortuna fabulosa y sus desprendimientos de gran señor, le hacían ser el hombre para quien todas las mujeres, hetairas o aristócratas, tenía una sonrisa.

La fiesta había atraído a los salones de la casa de campo a muchos de los amigos de la Condesa.

Ella parecía contenta de su éxito y escuchaba complacida el homenaje de admiración que le rendía Sergio.

—Dolly, eres una mujer encantadora.

—¡Oh, Sergio! Te he oído decir muchas veces lo mismo y, sin embargo, aun no lo creo...

El príncipe Demidoff hizo un vago ademán de infinita desolación.

—¡Qué cosas dices, Dolly!

Y él y ella se sonrieron, llenos de comprensión el uno por el otro.

Poco después de comenzar la fiesta, llegó a la residencia veraniega de la Condesa su sobrina Amelia, deliciosa criatura de quince años, bonita hasta decir basta y alegre y bulliciosa como un pájaro escapado de una jaula.

Seguida de miss Dumbar, su institutriz inglesa, Amelia entró en la casa, besó muchas veces al viejo mayordomo sin hacer caso de las protestas de su institutriz, que clamaba:

—¡Señorita, por Dios! ¡Eso no está bien!

Subió al piso donde se celebraba la fiesta,

entró en los salones y lanzóse hacia Dolly con los brazos abiertos.

—¡Tía!

¡Dolly expresó con un franco gesto de desagrado el disgusto que le producía la inesperada presencia de su sobrina.

—¿Qué ha pasado, miss Dumbar? ¿Cómo ha podido venir Amelia?—preguntó a la institutriz, que apareció sofocada detrás de la muchacha.

—Se ha declarado una epidemia en el pensionado, señora Condesa, y la directora, temiendo el contagio, dispuso que las alumnas regresasen a sus casas.

Demidoff observaba a la joven con un entusiasmo que le asomaba a los ojos.

Sobreponiéndose a sus impresiones, la Condesa presentó su sobrina a los dos amigos que estaban con ella: el Príncipe y el conocido actor Frank Romilly.

—Mi sobrina Amelia, que aun no ha hecho su entrada en sociedad—dijo.

—¡Yo he admirado más de una vez en escena al señor Romilly!—exclamó la muchacha.

Esta espontánea declaración no produjo buen efecto en Sergio.

¿Qué es lo que pretendía pues, el Príncipe?

La presencia de Amelia había interrumpido, de momento, la fiesta. Sólo Toby, mozo un tanto atolondrado, no advertía nada, atento, por manera exclusiva, a persuadir de su amor a una de las muchas mujeres de las que estaba enamorado.

—¡Oigame usted, señorita!... —decía Toby persiguiendo a su última pasión.

—¿No deseaba conocer usted a la sobrina de la Condesa?—preguntóle una de las invitadas interrumpiendo su conquista.

—No me interesan las colegialas—declaró él suspirando y mirando a su futura víctima.

En cambio a Demidoff le interesaba demasiado, y sus ojos no perdían ninguno de los movimientos de Amelia.

—Miss Dumbar, llévesela usted—ordenó Dolly.

Amelia se retiró muy a su pesar y la institutriz se vió obligada a retenerla por las ropas, para que no volviese a los salones.

—¡Suélteme, miss! Quiero divertirme.

—¡Pero señorital...

La pobre miss tirábale de las sayas turbadísima y con el rostro encendido por el esfuerzo, y la muchacha hubo de resignarse a obedecer después de resistirse un poquito.

También Sergio hubiera deseado que la niña continuase cerca de su tía.

—No sabía que tuvieses una sobrina tan bonita, Dolly. ¿Por qué no me lo dijiste antes de ahora?

La Condesa adoptó una actitud de inocencia sorprendida.

—La verdad, no se me había ocurrido—contestó.

Al día siguiente, Amelia despertó muy temprano, y la claridad del día inundando de luz su alcoba, la animó a levantarse para disfrutar de las delicias del campo.

¡Oh, y cómo gozaron sus sentidos cuando la niña bajó al jardín! Encantada de su libertad, moviase de un lado a otro, corriendo, saltando

y enriqueciendo los rumores de la mañana con los estallidos de su risa.

Alejóse hacia un bosque próximo y anduvo bajo los árboles, cuyas copas festoneaba el sol con radiantes alegorías. Saltó luego por unas peñas bañándose en aquella atmósfera de aire límpido. Y, por último, como la arena hábale entrado en los zapatos, sentóse un momento para descalzarse. Con los pies desnudos sintió el deseo de gustar la caricia del agua de un río que discurría por allí cerca, y hasta él se encaminó con toda su juventud pimpante, rica en sueños y en risas.

El actor Franck Romilly vió a la colegiala y quiso sorprenderla. Cautelosamente se le acercó, y Amelia, asustada, dejó caer en la corriente sus medias y sus zapatos.

—¿Y ahora?—preguntó la sobrina de Dolly.

—Pues ahora iremos en busca de otros zapatos.

No fueron, precisamente, unos zapatos los que Romilly pudo facilitarle, porque el matrimonio de campesinos a cuya cabaña se dirigieron, sólo tenía unas abarcas, en las que Amelia introdujo sus pies muy contenta de esta novedad.

Eran cerca de las nueve de la mañana y Dolly y el Príncipe desayunaban juntos en el jardín.

Sergio Demidoff, a quien el recuerdo de Amelia no había abandonado en toda la noche, dijo de pronto:

—Quiero casarme con tu sobrina, Dolly.

La Condesa sobresaltóse vivamente.

—¡Imposible!—exclamó.

—El día que me case con Amelia—añadió Sergio—te regalaré el palacio de Londres, que tú siempre has deseado tanto.

Una llamarada de alegría, envolvió el rostro de Dolly. Codiciaba demasiado aquel palacio para renunciar a él, aun cuando su pago fuese el porvenir de su sobrina.

—Voy a llamarla—dijo levantándose.

Al no encontrarla en su alcoba, llamó a la institutriz.

—¿Y Amelia?

—Se ha levantado antes que nadie y salió sin decir nada.

Dolly miró severamente a miss Dumbar.

—Pues bien, miss, yo no puedo consentir que así olvide usted sus deberes... ¡Queda usted despedida!

La congoja hizo temblar los labios de miss Dumbar ante esta brutal determinación. Quiso suplicar, pero, sintiéndose ofendida, se retiró.

—Ella me hubiera estorbado en mis planes—se dijo Dolly.

Y una sonrisa de triunfo entreabrió sus labios de mujer pasional.

Volvió al lado del Príncipe.

—No encuentro a mi sobrina. Sin duda, ha salido sin mi permiso.

Arrastrando las abarcas y andando con dificultad, Amelia regresaba entonces con Romilly.

—¡Esto no lo puedo consentir!—exclamó Dolly al verla.

—Un paseo matutino no es ningún crimen—dijo Sergio tratando de disculparla.

—¡Hola, tía! Mira mis nuevos zapatos. ¿Te gustan?

Amelia mostraba sus pies desnudos dentro de las abarcas enormes.

—He tenido el honor de prestar un pequeño servicio a su sobrina, Condesa—dijo Romilly inclinándose.

Dolly, advirtiendo que al Príncipe le había molestado que Romilly acompañase a la muchacha, adelantóse con Amelia.

—Estoy disgustada contigo. Tu conducta es imperdonable... ¿No ves que te comprometes?

—No le riña, Condesa—rogó el Príncipe interiniendo—. Yo coloco a su sobrina bajo mi protección.

Amelia se irguió y miró altivamente a Sergio.

—¡Yo no necesito que nadie me proteja!—aseguró.

Y, súbitamente, como si acabase de despertar a un nuevo sentimiento que la llenaba de energía, dejó a su tía, encaminándose a la casa.

Al encontrarse en el gabinete de su alcoba, de nuevo renació en ella la alegría. Entre las flores de una maceta distinguió una carta y se apresuró a abrirla.

«Mi querida niña: Tú tía me ha despedido haciéndome responsable de tu paseo de esta mañana, y ni aun me ha permitido que me despidiese de tí. No me olvides del todo, y si algún día me necesitas llámame y acudiré a tu lado Adiós.»

Kate Dumbar.»

La carta de la institutriz agolpó las lágrimas en los ojos de Amelia.

Dolly la sorprendió llorando, pero no con-

testó a su sobrina cuando ésta se quejó de que hubiera despedido a la miss.

Traía un plan, fraguado de acuerdo con el Príncipe y que debía poner en práctica en seguida. No titubeó pues, en decirle:

—El príncipe Demidoff acaba de pedirme tu mano... Es inmensamente rico... y tu vida, si te casas con él, será algo maravilloso.

Amelia alzó bruscamente el rostro húmedo de lágrimas, y con los ojos turbios de espanto, exclamó:

— ¡Jamás me casaré con él!

Dolly mordióse los labios y añadió:

—Es *absolutamente necesario* que te cases con él.

— ¡Nuncal!

La Condesa guardó silencio un instante.

— Oyeme, Amelia—dijo—. El Príncipe posee cartas comprometedoras para el honor de tu difunto padre, mi buen hermano, y amenaza con divulgarlas si no te casas con él, llevándonos a la deshonra y a la ruina.

La angustia de un dolor sin límites estremeció toda entera a la joven, y sin fuerzas para resistir, dejó que su tía la condujese al lado de Sergio.

—Abraze usted a su futura esposa, Príncipe—le dijo Dolly.

Sergio, abrasó con una mirada codiciosa a la niña; pero al intentar acariciarla, sus brazos sólo estrecharon el cuerpo caído en súbito desmayo de la infortunada colegiala.

Han transcurrido dos años desde el matrimonio del Príncipe Demidoff con Amelia Delancy.



La angustia de un dolor sin límites estremeció toda entera a la joven...

En un cabaret parisiense, Serizette, la reina de las orgías nocturnas, dedica las gracias voluptuosas de sus danzas a Sergio, el cual vacila bajo los efectos del champagne que ha bebido.

El actor Romilly dijo a un amigo señalándole el Príncipe:

—¡Y pensar que ese cínico posee la más encantadora de las mujeres!... La conocí cuando aun era una niña...

Porque verdad era que la esposa del Príncipe había ido como una víctima al matrimonio y seguía siéndolo después de casada.

Pasado el primer arrebató de sus ansias, Demidoff había vuelto a su vida nocturna de soltero.

Aquella noche, Amelia despertóse al oír las risas de su marido, que regresaba borracho.

Tuvo miedo de él, temió sus caricias repugnantes y, abandonando el lecho, cogió un revólver.

—Pero... querida mía... ¿Por qué te levantas?—dijo tartajeando el Príncipe.

Avanzaba hacia su mujer tendiéndole los brazos.

—Si das un paso más... disparo—le amenazó Amelia encañonándole el revólver.

El peligro de la muerte, que brillaba en los ojos fulgurantes de odio de la mujer, hizo retroceder al Príncipe.

Y Amelia lloró una vez más por las torturas de su vida, que habían mancillado las brutales pasiones de Sergio.

—¿Qué, estás hoy de mejor humor?—preguntóle al día siguiente el Príncipe.

Ella reprimió una mueca de asco.

—Quisiera pedirte que permitieses a mi tía venir a pasar una temporada con nosotros...

—¡Oh, muy bien! La hermosa Dolly andará falta de recursos, como de costumbre, y me alegraré un poco con su presencia. Es más divertida que tú.

Dejó a su mujer y subió al despacho de su secretario, un hombre de extraño aspecto que se llamaba Rodyn.

—¿Aun no ha conseguido usted que le descontasen las letras de que ayer le hablé?

Rodyn denegó moviendo la cabeza. Entonces Sergio tuvo uno de sus accesos de cólera.

—¡Como siga usted así—gritó—me veré obligado a despedirle!

El secretario se humilló, y al quedarse solo, sumióse en hondas cavilaciones, mientras coleccionaba unos documentos.

Como había dicho Demidoff, la Condesa, en efecto, hallábase apurada de recursos. Jugaba como una loca y perdía siempre.

Aquella mañana, por esta razón, vióse en un compromiso cuando su doncella le dijo:

—Madame la Forche ha mandado nuevos sombreros; pero el enviado tiene el encargo de no entregarlos si no se le pagan las facturas atrasadas.

Y como no podía pagarlas le pareció muy bien la invitación que acababa de recibir de su sobrina.

En la noche de este día, poco antes de acostarse, Amelia corrió los visillos de la ventana de su gabinete y pudo ver al Príncipe que descendía de su *auto* con varios amigos y algunas mujeres alegres.

Sergio entró en el palacio dando gritos:

—¡Qué nos traigan champagne!

—Oye, Sergio, ya que nos has traído a tu casa, ¿por qué no nos presentas a tu mujer?—le propuso una de sus amigas—. ¿Es acaso tan fea que no podamos verla?

—Todos dicen que es bonita—dijo Demidoff tanbaleándose—, pero a mí, francamente no me llena.

—Preséntanosla pues, y te diremos nuestra opinión.

Con la inconsciencia de su borrachera, Sergio buscó a su mujer.

—Amelia, tengo invitados... ¡Baja a hacerles los honores!

—¡Imposible! ¿No ves que estoy en traje de dormir?

—¡Es igual!... Todos son de confianza... ¡Baja, te lo ordeno!

—¡No bajaré!

—¿Qué no bajarás...?

Rojo de ira, Demidoff aprisionó por un brazo a su mujer y a la fuerza la arrastró tras sí.

La presencia de Amelia, intensamente pálida y soberanamente digna en sus desgracias, infundió respeto a los amigos de Sergio.

—¡Bebe a la salud de nuestros invitados!

Ella cogió la copa que le ofrecía su marido, la acercó a sus labios rebosantes de amargura y de pronto la arrojó al suelo. Y erguida, fuerte en medio de su dolor, salió sin que Sergio hiciera un ademán para detenerla.

II

—¿Eres feliz, Amelia?—preguntábale Dolly al día siguiente, poco después de llegar al palacio de Demidoff.

—¡Por favor, no me hables de mi matrimonio, tía!—contestó la Princesa... Hablemos de otra cosa... ¿Quieres?

La Condesa ocultó tras un mohín de astucia la idea que acababa de cruzar su pensamiento.

Ella no había venido a ver a su sobrina ni a servirle de consuelo en sus penas, sino a pa-



—¡Bebe a la salud de nuestros invitados!

sar una temporada en el palacio del fastuoso Príncipe, de cuya fortuna esperaba los mejores servicios.

Sentíase impaciente por hallarse a solas con él, quien entonces ponía su firma a los cheques que le presentaba Rodyn, su secretario.

—¿Hay algo más?

—Sí, Alteza, queda aún una cuenta por pagar... ¿Tiene la bondad de firmar otro cheque?

Demidoff firmó y Rodyn, en cuanto se quedó solo, añadió un cero a la cifra que constaba en el último cheque puesto a la firma.

Después de las once de la noche, Dolly entró en sus habitaciones y dijo a sus doncellas:

—Pueden refrirse... No necesito sus servicios.

Arreglóse cuidadosamente, adornándose para hacer más provocativa su belleza.

Amelia leía, a la misma hora, en su gabinete. Dejó la lectura y pasó a otra habitación, de la que trajo una caja de bombones.

—¿Y si invitase a tía Dolly? —se dijo.

Se dirigió a las habitaciones de la Condesa. Un inconfundible rumor la detuvo y sus ojos se abrieron al terror viendo abrazados a Dolly y a su marido.

—¡Es horrible! —exclamó—. No permaneceré un instante más en este hogar envilecido.

Ya de madrugada, al pasar Sergio por el despacho de su secretario camino de su alcoba, sonó un disparo y el Príncipe cayó muerto.

Amelia que, en aquel momento se disponía a abandonar la casa de Demidoff, entró en el despacho al oír la detonación y descubrió el cadáver de su marido, al lado del cual sorprendióla Rodyn.

—¿Pretendía usted fugarse?

Sin comprender el alcance de la pregunta, la Princesa contestó:

—¡No podía soportar esta vida por más tiempo!

—¿Y por eso ha asesinado usted a su esposo?

—¿Qué dice usted?... ¡Yo no he asesinado al Príncipe!

—Ello no será verdad... pero reconozca usted que todas las apariencias la acusan...

Amelia ocultóse el rostro en las manos y rompió en sollozos. Rodyn extrajo entonces rápidamente un pañuelo del bolso de la Princesa.

—Si quiere usted eludir la acción de la justicia, yo protegeré su fuga... ¿Adónde quiere usted ir?

—A casa de miss Dumbar, mi antigua institutriz, que reside en Londres.

Estaba aturdida, y en su confusión, sólo veía en Rodyn, un amigo que deseaba salvarla. Siguió pues sus instrucciones y con palabras cortadas despidióse de él.

En cuanto la Princesa salió, Rodyn puso el pañuelo al lado del cadáver y, en seguida, gritó pidiendo socorro. Acudió presurosa la servidumbre del Príncipe.

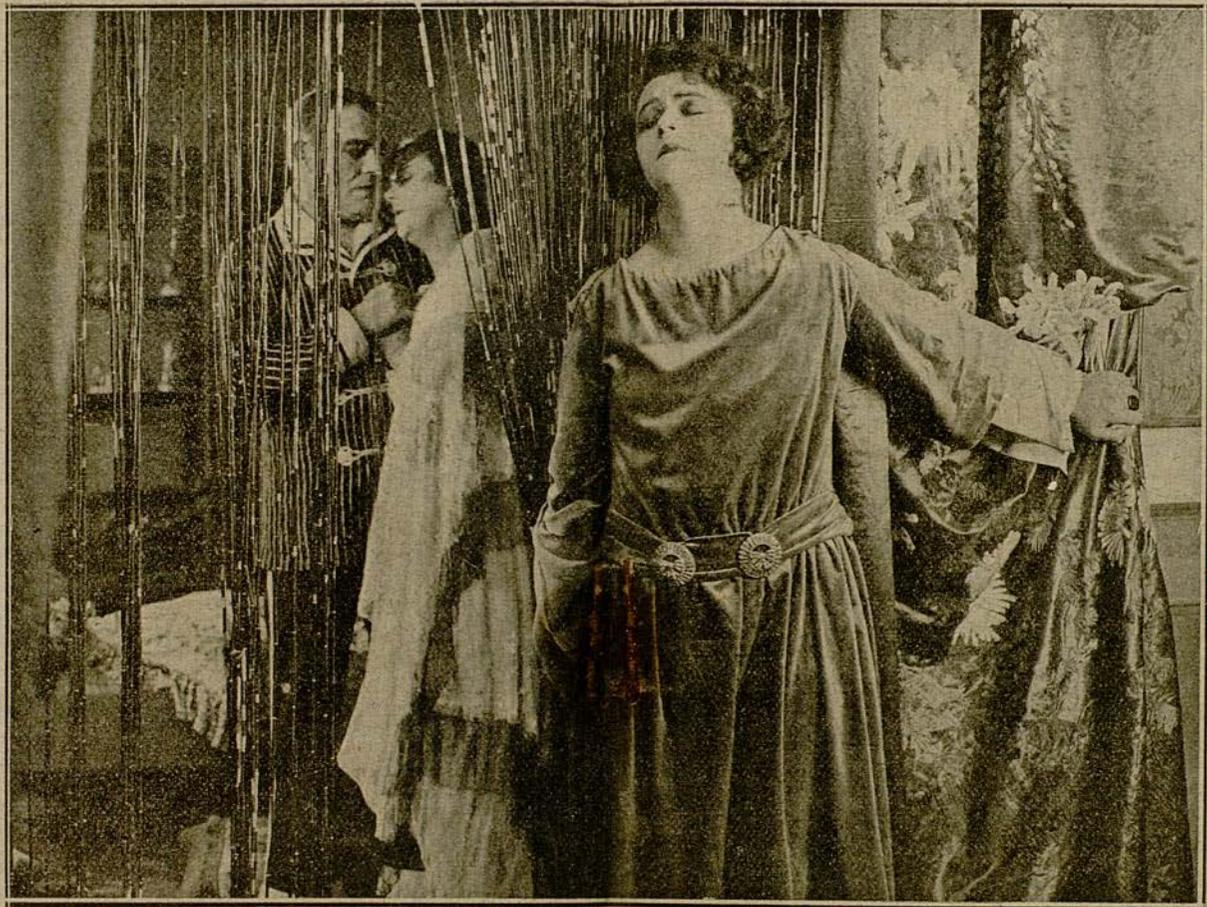
—El señor acaba de ser asesinado... Comuniquen la noticia a la Princesa con las debidas precauciones.

Los criados se retiraron y Rodyn llamó por teléfono a la Jefatura de Policía, comunicando la noticia del crimen y la de la desaparición de Amelia.

Y, tal como lo había supuesto, los criados volvieron para decirle:

—¡La señora Princesa no aparece por ninguna parte!

Indudablemente, Rodyn sabía hacer bien las cosas.



— ¡Es horrible! — exclamó.

*
**

Trasladémonos ahora a Londres.

Lady Belrose, noble y adinerada dama inglesa, alzó el rostro para ordenar a la doncella, que le anunciaba la visita de una joven recomendada por miss Dumbar:

—Dígale que pase.

Amelia entró. Puesta en el duro trance de ganarse la vida con su trabajo, había decidido buscar una colocación bajo el falso nombre de miss Barnett.

—Para ser mi señorita de compañía—le dijo Lady Belrose después de observarla detenidamente—, es preciso mucho tacto y excelentes modales. ¿Posee usted estos dos requisitos?

Amelia hizo una ligera inclinación de cabeza y Milady prosiguió:

—Además no quiero que tenga intimidad con las mujeres ni que coqueteé con los hombres. Cualquier falta en este sentido sería bastante para que la despidiese...

—No perdamos el tiempo, Milady. Yo no soy la persona que usted busca.

Lady Belrose sonrióse ante esta respuesta.

—¡Vaya! No sea susceptible... Usted me conviene. Quédese.

Se volvió para saludar a su sobrino, Claudio Belrose, joven abogado de gran fama.

La admiración que por la belleza de Amelia sintió Claudio, revelóse en la mirada elocuente que fijó en la joven. Ella lo advirtió y bajó los ojos.

Al mismo tiempo, en París, el juez recibía la declaración de la Condesa Delancy.

—¿Reconoce usted este pañuelo?—preguntó-le mostrándole el que había sido encontrado cerca del cadáver del Príncipe.

—Sí, señor, pertenece a mi sobrina—dijo Dolly con voz temblorosa.

Sucedía esto al día siguiente de la muerte del Príncipe, y en la mañana de este día, Rodyn presentóse en el Banco a cobrar el último cheque que pusiera a la firma de Demidoff.

Mientras tanto, en Londres el sobrino de Lady Belrose procuraba encontrarse a solas con Amelia.

—Tiene usted manos de hada—le dijo.

Ella retiró con presteza la mano que él le había cogido.

—¿Por qué es usted así?—lamentóse Claudio—. Admirarla no es pecado y yo la admiro a usted mucho.

—Le ruego encarecidamente que no me ponga en el trance de tener que renunciar a mi colocación en esta casa—replicó ella vivamente.

Por la noche se hizo un poco de música en los salones de Milady. Claudio sabía tocar el violín y Amelia le acompañó al piano, al que arrancó, con instintivo buen gusto, impecables sonoridades.

Concluido el concierto, la joven quedóse sola. Pensaba en él, cuya admiración parecía sincera y pensaba en su pobre vida truncada por la fatalidad.

Claudio se le acercó.

—¿Está usted triste?... Yo quisiera hablar

con usted a solas... ¡tengo tantas cosas que decirle!

Súbitamente apareció Milady.

—Ya le advertí, miss Bárnnett, que no toleraba amoríos en mi casa, y en la primera noche que pasa usted en ella falta a mis instrucciones... ¡Queda usted despedida!



—¿Por qué es usted así? Admirarla no es pecado y yo la admiro...

—Yo te suplico tía—intervino Claudio—que guardes a miss Bárnnett los respetos que le son debidos por su propia persona... y como esposa mía, pues me consideraré muy feliz si me otorga su mano.

—Gracias, señor Belrose. Se lo agradezco mucho... pero jamás podré ser su mujer.

La entonación de la voz de Amelia tuvo una cadencia muy triste.

—¿Es que ama usted a otro... por desgracia mía? Esa sería la única razón que me haría cesar en mis propósitos...

—¿Cómo?—exclamó Milady—. ¡Un Belrose unirse con una señorita de compañía!

Claudio tomó del brazo a la joven y repuso:

—¡Pues a pesar de todo, será mi esposa, tía!

Y ella se dejó llevar por aquel hombre, que inesperadamente surgía en su camino para desvanecerla con sueño de felicidad.

¿Podría su vida, hasta entonces tan triste, tener una compensación tan grande como la que de amor le ofrecía Belrose?

...En París, Rodyn, que había perdido la casi totalidad de la cantidad que robara al Príncipe, hacía sus cuentas.

—¡Sólo me quedan 25.000 francos!... ¡Es igual! Con esto tengo aún para algún tiempo, y después... ¡esa Princesa será una mina para mí!

*
**

Algunos días después, la supuesta miss Bárnnett uníase en matrimonio con Claudio Belrose, y la bondadosa miss Dumbar recibía la visita de Rodyn.

—Soy el secretario del Príncipe Demidoff, y desearía saber el paradero de la Princesa.

Miss Dumbar llevóse un dedo a la boca pidiendo silencio, observó si alguien la podía oír y dijo:

—Como me consta que es usted un buen amigo suyo, no dudo en revelarle que Amelia se ha casado por segunda vez con Claudio Belrose... Pero se halla todavía en viaje de boda, y no regresará hasta dentro de ocho días.

Ocho días más tarde, otra vez en Londres Amelia, una noche quedóse sola, porque Claudio había ido a hacer una visita a Milady.

Se hallaba en sus habitaciones leyendo cuando percibió el ruido de unas arenas arrojadas contra los cristales.

Llena de inquietud asomóse para ver lo que pasaba y distinguió en el jardín al secretario del Príncipe.

—Necesito hablar con usted urgentemente...

Procurando no hacer ruido, Amelia fué a reunirse con Rodyn, al que introdujo en la casa.

En tanto, Claudio daba orden al *chauffeur* de regresar, pues se había olvidado de recoger unas notas para su tía.

—¿Qué desea usted de mí?—preguntó Amelia a Rodyn al hallarse a solas con él.

—¡Dinero! No olvide usted que protegí su huida... ¡Yo necesito dinero y, si usted no me lo dá, me dirigiré a su esposo! ¡Entrégueme usted ese collar!

—¡Es el regalo de boda!—suplicó Amelia.

—Entonces...

La mujer entregó lo que le pedían. ¿Qué iba a hacer?

Rodyn salió cuando llegaba Claudio, al que pudo ver antes de entrar en su casa.

—¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia?

¿Ha entrado alguien en casa?—preguntó a su mujer.

Ella, procurando sonreír, aseguró:

—No, no ha pasado nada.

Claudio acompañó a su mujer a su alcoba.

—Espero volver pronto—le dijo—. Duerme tranquila.



...Amelia volvió a disfrutar de las alegrías de su nuevo matrimonio.

Al pasar por el gabinete vió unos guantes encima de una butaca.

—Ese desconocido ha estado aquí con Amelia... y ella me lo ha ocultado!—pensó.

Y la sombra de la duda entenebreció su ánimo. Acalló, sin embargo, sus recelos, y en el transcurso de algunos días, Amelia volvió a

disfrutar de las alegrías de su nuevo matrimonio.

Pero una mañana recibió una carta de Rodyn, que la citaba para que fuese a su hotel.

—¿Cómo sales tan temprano?—le hizo observar su marido viéndola preparada para salir.

Ella tartamudeó una disculpa:

—Voy a ver los nuevos sombreros que acaba de recibir Mme. Christine de Paris.

Claudio presintió la verdad y siguió sus pasos.

Rodyn esperaba a la Princesa, cuando ella llamó a la puerta de su cuarto en el hotel.

—Vengo a decirle que no puedo darle nada... porque nada poseo. Todo cuanto tenía se lo he entregado ya...

—Le doy cinco minutos para que reflexione. Si en ellos no varía de parecer... ¡la entregaré a la justicia!

Sublevada a la idea de que aquel hombre cumpliera su palabra, Amelia, fuera de sí, se arrojó sobre él.

De pronto apareció su marido. Ella, con una súbita decisión, al oír que Claudio la ofendía creyendo la perjuración, dirigióse a la puerta e hizo sonar el timbre.

Entró un camarero. Amelia se dirigió a él.

—Hay ofrecida una importante recompensa a quien entregue a la justicia a la Princesa Demidoff, que se halla en rebeldía... Pues bien, usted puede ganársela. ¡Yo soy la princesa Demidoff!

Miró a Claudio y queriendo castigar sus du-

das de una manera implacable, le dijo señalando a Rodyn.

—¡Sí... soy su amante!

Y salió, más altiva que nunca, como una víctima propicia que busca que castiguen en ella las culpas de los demás.



—Vengo a decirle que no puedo darle nada...

III

Reducida a prisión, Amelia fué conducida a Paris ante el Juez instructor de su proceso, al que refirió lo que sabía acerca del crimen de que se la acusaba.

—Me preparaba a abandonar el Palacio del Príncipe, cuando oí una detonación. Entré presurosa en el despacho y entonces hallé a mi esposo sin vida... Detrás de mí entró Rodyn, quien me ayudó a realizar mi fuga, proyectada de antemano.

—¿Y qué motivos la obligaban a abandonar su casa?—preguntó el juez.

Amelia acordóse de la escena que había presenciado la noche del crimen, al sorprender abrazados a su tía y a Sergio, y repuso:

—No puedo contestar a esta pregunta, señor Juez.

—Tenga en cuenta que la exposición de los motivos que la impulsaron a fugarse, tal vez mejoraría su triste situación.

Amelia insistió en su negativa y el juez dispuso que la condujesen a la celda en que estaba detenida.

Lejos de Paris, la Condesa leyó un día la noticia siguiente:

ECOS DE LOS TRIBUNALES

El célebre proceso Demidoff se halla todavía en periodo de prueba. La Princesa, que se ha presentado voluntariamente, niega toda participación en el crimen, y alega que la huida de su casa la tenía proyectada con anterioridad al asesinato de su esposo.

Dolly dobló el periódico y meditó. Su responsabilidad en la suerte de su sobrina aparecíasele claramente. ¿Qué podía hacer ella para salvarla?

—Prepare mi equipaje. Hoy mismo salgo para Paris—indicó a su doncella.

Días antes de la vista de la célebre causa,

Claudio Belrose llegó a Paris y visitó al Juez instructor.

—Me inspira un gran interés todo lo que se refiere al proceso Demidoff. ¿Quiere usted decirme quién es el defensor de la acusada?

—Esa extraña mujer ha renunciado a la defensa—declaró el Juez.



—No puedo contestar a esta pregunta, señor Juez.

—Pues si usted me lo permite, yo, que soy abogado, me encargaré de su defensa... ¡aunque ella no lo quiera!

Con sus dotes de psicólogo, Claudio había intuido casi toda la verdad oculta en el misterio de aquel asesinato y estaba dispuesto a probar la inocencia de su esposa.

Y llegó el día de la vista. La Sala de la Audiencia llenóse con un público numeroso, ávido de emociones fuertes.

En el estrado de la defensa, cerca de la acusada, había tomado asiento Claudio Belrose. Ella, al notarlo, torció la cabeza. No podía olvidar que él había dudado de su cariño, llegando a creerla amante de un malvado.

Los servidores del Príncipe, llamados a declarar, sostuvieron con energía la bondad de Amelia y la crueldad de Demidoff.

Después prestó declaración Rodyn.

—¿Me permite el Tribunal que dirija al testigo una pregunta?— solicitó el defensor.

Belrose miró fijamente a Rodyn.

—El testigo nos ha dicho que vió cómo la Princesa entraba a la par suya en el cuarto del Príncipe. Pues bien, ¿por qué no impidió el crimen, arrebatándole el arma de las manos?

—La sorpresa—repuso Rodyn—paralizó mis movimientos.

Retiróse Rodyn al banco de los testigos y la defensa prosiguió:

—Sostiene el señor Fiscal que la fuga preparada de antemano, es un indicio claro de responsabilidad; pero falta, a mi juicio, esclarecer si la fuga no obedecía a otros motivos...

La voz de la condesa Dolly alzóse interrumpiendo al defensor:

—¡Esas causas voy a explicarlas yo!

Desde el banquillo, Amelia dirigió a su tía una mirada suplicante. Pero la Condesa estaba decidida a rescatar con su confesión su enorme culpa por haber causado la desgracia de su sobrina.

—El Príncipe, que había sido mi amante— confesó Dolly—, me obligó a otorgarle la mano de mi pobre sobrina y, en la noche de autos, la Princesa nos sorprendió abrazados, y fué entonces cuando decidió marcharse del palacio...

De nuevo fué llamado a declarar Rodyn.

—Aquella misma tarde—expuso la defensa—, había firmado el Príncipe, a instancias del testigo, un cheque por valor de 20.000 francos; pero éste le agregó un cero y el Banco le abonó 200.000...

Cogido por la sorpresa de este descubrimiento, Rodyn dió muestras de profunda inquietud. Belrose, entonces, aprovechando esta ventaja, añadió:

—Y temeroso después de que el fraude se descubriese, Rodyn asesinó al Príncipe. ¿Pruebas?... ¡He aquí estos guantes encontrados al lado del cadáver!

Totalmente desconcertado, viendo aquellos guantes que no recordaba cuando había perdido, Rodyn concluyó por confesar:

—Pues bien... sí... maté a ese monstruo... porque maltrataba sin piedad a su esposa... de la cual yo estaba enamorado...

La alegría del triunfo, obtenido no más que por conjeturas, hizo vibrar la palabra de Belrose diciendo:

—¡Qué confesión tan hermosa!... Estos guantes no estaban al lado del cadáver... Estos guantes los dejó usted olvidados en mi casa cuando entró en ella para exigirle dinero a mi esposa...

Rodyn crispó sus manos al verse cogido en su propia torpeza.

Instantes después, el Presidente del Tribunal leía el siguiente fallo:

El Jurado, por unanimidad, declara a la Princesa Demidoff libre de toda culpa, y el Tribunal la absuelve libremente.

Amelia dejó traslucir su emoción al oír el fallo. Sin embargo, volvióse la espalda a su marido al ver que se le acercaba. Las lágrimas de su alegría fueron sólo para Dolly, a la que ella se abrazó perdonándole sus pasadas culpas.

Rodyn quedó detenido en el acto.

Y la curiosidad de los espectadores pudo satisfacerse cumplidamente viendo salir juntas a la Princesa y a Dolly Delancy.

Detrás de ellas marchaba Claudio Belrose, con la cabeza caída sobre el pecho.

Apenas llegadas a casa de Dolly, un botones entregó a Amelia una tarjeta de su marido.

—Haz el favor de marcharte... Quiero hablar a solas con él—dijo a su tía.

Claudio se presentó a su mujer con aire humilde.

—¿No me perdonas aún?—le preguntó.

—¿Has olvidado acaso que soy la amante de un asesino?

—¡El malvado representaba su papel con tanta propiedad... que logró convencerme!

—¿Y has dudado de mí?... ¡Antes mil veces muerta que del miserable de Rodyn!

—Pero... ¿en qué quedamos?—dijo sonriendo Claudio—. ¿No decías que eras su amante?

Amelia se mordió los labios. Ya no cabía

fingir. El era tan buen abogado que la verdad, por mucho que se le ocultara, concluía mostrándosele siempre.

Pero todavía se resistió a conceder su perdón, rehuendo el abrazo con que su marido quería sellar las paces.

—Vamos, Amelia... ¡No seas tonta! ¿No quieres recoger, entonces, el beso que traigo para tí?—preguntó él.

Súbitamente Amelia echó los brazos al cuello de su esposo, y en su boca que balbucía palabras de ternura, recogía todos los besos que Claudio quiso darle...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

LA MAGNÍFICA NOVELA:

***EN BUSCA DE
LA FELICIDAD***

PELÍCULA INTERPRETADA POR LA GENTIL

ANITA STEWART

*PERTENECIENTE A LAS
EXCLUSIVAS GAUMONT,
AFAMADAS POR SU BUEN GUSTO.*

PRIMOROSO ASUNTO.



POSTAL-FOTOGRAFÍA:

MILDRED HARRYS CHAPLÍN



*LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOCRÁFICA*

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES

** PRECIO: 25 CÉNTIMOS*